tante miembro de una fauna fantástica, la migala. El cuento contemporáneo puede ser a veces desvelación de un enigma; muchas otras, sin embargo—como en el caso de esta eficiente construcción de Juan José Arreola—, consiste en la revelación de la existencia de ese enigma. Y por ello cuentos como éste, a pesar de su aparente (¡nada más que aparente!) simplicidad, son revolucionarios con respecto al cuento clásico, tanto en supuestos estéticos como en la resultante estructura; por ello es preciso leerlos con una óptica distinta de la que requieren, por ejemplo, los cuentos de Poe y Maupassant, asimilados perfectamente por escritores hispanoamericanos tan importantes como el igualmente grande Horacio Quiroga. — *DAVID LAGMANOVICH (The Catholic University of America. WASHINGTON DC 20017, EE. UU.).*

LA POLEMICA ENTRE SARMIENTO Y ALBERDI (1852-1853) *

Como en toda polémica, en ésta de Sarmiento y Alberdi ocurren tres enfrentamientos: el ideológico, el de personalidades y el de estilos. El primero se inscribe en el marco de la reflexión sobre la situación, origen y destino de la Argentina, que la presencia catalizadora de Rosas promovió tan honda y apasionadamente. El segundo encara a un ser poderosamente vital, apasionado, impulsivo, repentinista, desbordado, henchido de vanidad personal, con otro sereno, reflexivo, poseedor de un espíritu crítico en constante actividad, con gran capacidad de perfeccionamiento intelectual, calma. Esto se refleja en el tercero: ambos estilos expresan cabalmente aquellas diferencias. Las *Cartas Quillotanas* son un ejemplo maestro de reflexión, mesura, inquisición lúcida, claridad de concepción, orden expositivo, raciocinio impecable. *Las Ciento y Una,* en cambio, apenas pasan de una colección de insultos y agravios personales; la razón se embota, se escuda en la pasión, se disfraza tras los juegos de palabras, los falsos silogismos y aun la mentira. Por eso resulta injusto contraponer ambos textos. La verdadera, la auténtica polémica se plantea entre, por un lado, las tesis del *Facundo,* la *Cam-*

* Advertencia: Este trabajo fue realizado a mediados de 1972 para el Curso de Profesor Agregado de Literatura Iberoamericana y Rioplatense en el Instituto de Profesores «Artigas», de Montevideo. Iba a ser publicado en la *Revista Iberoamericana de Literatura de la Facultad de Humanidades y Ciencias* de la misma ciudad. Las azarosas circunstancias de nuestra vida universitaria me obligaron a rehacerlo a partir de anotaciones dispersas. Sirva esto como explicación por la escasa precisión en algunas de las notas finales y por la ausencia de cita de alguna fuente utilizada.

paña del Ejército Grande y la historia política de Sarmiento, posterior a Caseros, y, por otro, las *Quillotanas*. A mi entender, Alberdi lleva igualmente la razón, pero la derrota de Sarmiento resulta así mucho más honrosa y elegante.

Entorno histórico

Para la consideración del enfrentamiento ideológico es fundamental tener en cuenta el marco histórico. Hagamos un breve repaso cronológico:

1827: Caída de Rivadavia; sublevación de Lavalle contra Dorrego; formación de los dos bloques de unitarios y federales.
1829: Derrota de los unitarios en Buenos Aires; Rosas asume el Gobierno de Buenos Aires.
1831: Derrota de los unitarios en el interior; prisión del general Paz; exilio de dirigentes unitarios.
1831: Exilio de varios liberales.
1835: Ley proteccionista de Aduanas y aranceles; exilio de federales disidentes; Rosas asume por segunda vez (después de Barranca Yaco).
1836: Primera ley de ventas de tierras públicas.
1838: Bloqueo e intervención de la escuadra francesa; exilio de Alberdi.
1839: Ley colonizadora.
1840: Terror rosista (Sociedad Popular Restauradora); Sarmiento en Chile.
1850: La victoria: Rosas, héroe de la soberanía nacional.
1851: Enero: Urquiza pacta con el Brasil; julio a octubre: derrota a Oribe.
1852: 3 de febrero: Caseros.

Paralelamente se va desarrollando la tarea artística e intelectual de la generación romántica. 1837 es el año del Salón Literario, en casa de Marcos Sastre, ideológicamente signado por el romanticismo literario y social, el liberalismo, la exaltación de lo nacional, el antihispanismo, el afrancesamiento, la fe en el progreso. Es también el año de la clausura del Salón y del periódico *La Moda*, que no hace oposición a Rosas, pero tampoco logra su simpatía. 1838 es el año de la reunión clandestina en que se funda la «Asociación de la Joven Generación Argentina», del «Dogma Socialista» de Echeverría, del exilio de los jóvenes acusados de afrancesamiento al producirse el bloqueo francés, de la fundación de *El Iniciador* en Montevideo y de los acuerdos y desacuerdos con los unitarios ya exiliados.

La formación intelectual de los jóvenes los obligaba fatalmente a condenar a Rosas. El liberalismo los hacía aborrecer la dictadura,

Por este primer choque se irán al exilio y éste les obligará a razonar otros motivos de oposición. Al producirse el bloqueo, su europeísmo general y afrancesamiento particular, les impiden el rescate de lo más valioso de Rosas: su digna defensa de la soberanía. De todos los proscriptos, únicamente Alberdi será sensible a los tanteos de cambios del Restaurador, y luego de su caída reivindicará su nacionalismo.

En los dos períodos de su gobierno, el historiador José María Rosa señala el segundo como el de ruptura de Rosas con la clase de los estancieros saladeristas, apoyo decidido en las masas populares, resistencia a los imperios centrales, que lo convierten en jefe nacional. Vivián Trías [1], con mayor equilibrio, señala que tanto en su política agraria como económica (aduanera, financiera, industrial, fiscal), Rosas permaneció atado a los intereses de las clases dominantes de Buenos Aires, no obstante su empeño, a partir de 1835, de tantear otros rumbos (Ley de Aduanas y Aranceles, de Venta de Tierras Públicas, Colonizadora). Sus contradicciones e indecisiones precipitarán la caída en el momento en que es mayor su gloria y su prestigio internacional. ¿Cómo se explica esto? Porque no se decide a profundizar un proceso revolucionario y no tiene el apoyo total y decidido de las masas, al par que es abandonado por la clase dominante, a la que ya no representa. Trías ha demostrado en forma minuciosa que de resultas del bloqueo de Buenos Aires, las provincias del litoral comenzaron a negociar directamente con Inglaterra y que vastas capas de productores rurales olfatearon en ese contacto el cambio de rumbo en las necesidades industriales de la metrópoli, urgida ahora por la producción textil. Así realizan el incremento y mejora de la producción ovina, que les reporta pingües beneficios, a los que se unen los provenientes del comercio directo y del contrabando. Se cumple acá la ley del desarrollo desigual: la región primitivamente postergada que acelera su expansión económica dentro del común *status* semicolonial y se vuelve más provechosa para el imperio que la submetrópoli. Urquiza expresa y representa esta nueva situación, mientras que la ganadería, que Rosas expresa, contradice el sentido de la evolución económica internacional. No se trata entonces de un conflicto de regiones. Entre Ríos era la vanguardia de tendencias económico-sociales oligarcas que existían en toda la Confederación. Así, hacia el fin de la guerra, Rosas, triunfador, pretende restablecer la dictadura monoportuaria (por dos decretos corta el tráfico de tasajo y oro). Urquiza protesta (1849) y es en este momento cuando aparece entre los proscriptos la esperanza de una ruptura que provoque la caída del Restaurador. Valentín Alsina escribe a Río «sobre la ne-

[1] VIVIAN TRÍAS: *Juan Manuel de Rosas*, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1970.

cesidad de tantear a Urquiza», por ejemplo. En enero de 1851 se negocia en la legación brasileña el pase de Urquiza al Imperio... Brasil pretende recrear otra Cisplatina en el Uruguay y mediatizar al gobierno argentino para que suplante a Rosas. Ambos objetivos se cumplen plenamente. Por otro lado, el completo entendimiento de Urquiza con Inglaterra se expresará en tres hechos: 1) Tratado de libre navegación de los ríos, que asegura el libre intercambio comercial, 1853. 2) Mediación exitosa de sir Charles Hotham que impide la guerra entre Buenos Aires y las provincias y hace posible la Constitución de 1953. 3) Arreglo definitivo del préstamo Baring, que Rosas había usado astutamente como arma de resistencia antiimperialista [2].

El enfrentamiento ideológico

En este fondo histórico se inscribe la polémica de 1852-53. En el primer año, Sarmiento, decepcionado de Urquiza y en su segundo autoexilio, escribe la *Campaña del Ejército Grande,* con la que inicia su lucha contra Urquiza y contra Alberdi, a quien dedica insidiosamente el libro. Este responderá con las *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina,* fechadas en Quillota en 1853. A ellas seguirá *Las Ciento y Una* de Sarmiento, a las que Alberdi replica con *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina.* No es el primer desacuerdo entre ellos, pero será la ruptura total. ¿Por qué se produce? Tanto por motivos ideológicos como personales, aunque creo que tienen mayor peso los últimos. Ambos provienen de un tronco ideológico común que es el de la burguesía decimonónica, en la particular inflexión de la *Joven Generación Argentina* y del *Dogma Socialista* de Echeverría. Marquemos así: liberalismo político y económico; fe ilimitada en el progreso de la humanidad; vago romanticismo social; crítica de la herencia americana de España; europeísmo, tanto en la vertiente afrancesada como anglicista; admiración por los Estados Unidos; concepción de la literatura como milicia; reclamo de la urgencia de organizar institucionalmente al país; visión dicotómica de la realidad argentina; antirrosismo.

Pero en estos rasgos comunes hay matices diferenciales, a veces de gran calibre. Irán apareciendo a partir de 1844 al apoyar Alberdi la idea de un Congreso americano, a lo que Sarmiento se opone; se recrudecen en 1847, cuando Alberdi, alentado por algunas resoluciones de Rosas, publica *La República Argentina a 37 años de su Revolución,* y hace una

[2] *Op. cit., passim.*

valoración muy equilibrada del proceso argentino, de los errores y aciertos de unitarios y federales, y termina ofreciendo la colaboración de los proscritos si se decide Rosas a emprender una tarea de reconstrucción nacional, que deberá comenzar por una Carta Constitucional. Se acentúan luego las diferencias; se borran momentáneamente durante la campaña de Urquiza, y después de Caseros harán explosión definitiva. Veámoslas rápidamente:

a) *Liberalismo económico,* con todo lo que éste implica de atadura y entrega a los centros imperiales en los países semicoloniales, y que las burguesías alienadas asimilan a progreso y civilización; alienación consciente o no, en Sarmiento será consciente, por eso puede acusársele de mala fe; en Alberdi, cuando se haga consciente, se le volverá problema. b) *Fe ilimitada en la idea de progreso* que ambos ven en la imitación de los centros civilizados; acá aparecen importantes matices diferenciales que se entrecruzan y desfasan en el tiempo; Sarmiento fiará en la tarea de instrucción popular como motor de cambios y Alberdi descree de ella porque es mucho más perspicaz para atisbar los sustratos económicos y sociales condicionantes del cambio. Pero los dos hablan de colonizar estas tierras desérticas con emigrados europeos. Alberdi lo hará en las *Bases: gobernar es poblar,* desprecio por el sustrato indígena, supervaloracioón de lo europeo. Ya en la *Quillotanas* y antes en *A 37 años de la Revolución de Mayo* y después en algunos de los folletos sobre la Guerra del Paraguay, aunque no se oponga a la tesis de la necesidad inmigratoria, encarecerá la importancia de «transformar el desierto *con* el hombre del desierto» [3]. Sarmiento, en cambio, será uno de los más firmes y fieles ejecutores de la política de exterminio del elemento autóctono y su sustitución por poblaciones trasplantadas. c) *Reclamo de la urgencia de organizar institucionalmente al país:* en Alberdi será permanente y es uno de los motivos básicos de su adhesión a Urquiza; en Sarmiento sufre marchas y contramarchas; el primero pensó incluso que era posible esperarlo de Rosas, lo que lo hizo blanco de las críticas de los emigrados, en especial del sanjuanino. d) *Visión dicotómica de la realidad argentina:* en Sarmiento se expresa bajo el lema «civilización y barbarie»; Alberdi verá más lejos, situando el enfrentamiento Buenos Aires-Provincias, muy cerca de sus reales términos económicos—y digo muy cerca y no totalmente—, porque no se le hizo clara la conexión entre Buenos Aires y los imperios centrales, aunque sí vio lúcidamente la explotación colonial a que Buenos Aires sometía a las provincias (ejemplo: «Mitre al desnudo» [4]). En la tercera de las *Quillotanas* anotó

[3] JUAN BAUTISTA ALBERDI: *Cartas Quillotanas,* Ed. Estrada, Buenos Aires, 1957, pág. 101.

[4] Editado fragmentariamente por JORGE ABELARDO RAMOS bajo el título de *Mitre al desnudo,* Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

un matiz de importancia, aunque sin desarrollarlo ni allí ni en otros textos: «La colonia, la Edad Media de Europa, estaba en los campos y estaba en las ciudades... la Revolución, el siglo XIX de Europa, ...abrazó los campos y las ciudades... De los campos es nacida la existencia nueva de esta América; de ellos salió el poder que echó a la España... y de ellos saldrá la autoridad americana... La Europa del siglo XIX, atraída por la navegación, el comercio y la emigración, está en las provincias del litoral, y el pasado en las ciudades mediterráneas» [5]. e) *Posición frente a Rosas y Urquiza:* ambos serán decididamente antirrosistas, pero Sarmiento porque verá en Rosas la encarnación de la «barbarie», lo que se opone al progreso, a las luces, a la civilización, lo que es expresivo del campo y negador de la ciudad y del ejemplo europeo, y, accesoriamente, porque es un tirano, usa del terror, somete al país. Alberdi por varias de estas razones, pero sobre todo, y al correr del tiempo, porque en nombre de la Federación la niega (y Alberdi no era federal), porque perpetúa la nefasta tiranía de Buenos Aires (Puerto, Aduana, Tesoro público acaparados) sobre las provincias y las condena a la miseria, al aislamiento y al atraso. Es decir, Alberdi está más cerca de lo que hoy es una equilibrada valoración de Rosas. Y aun llega a reconocer el mérito de la digna defensa de la soberanía nacional. Con relación a Urquiza—en la disputa de cuya actuación se inicia la polémica—, Alberdi se mantendrá su partidario mientras pueda esperar de él la organización institucional del país, la realización y cumplimiento de las medidas que aseguren el beneficio provinciano: libre navegación de los ríos, nacionalización de la Aduana de Buenos Aires, por ejemplo; la modernización de la vida económica, etc. Se apartará recién cuando compruebe que Urquiza no es más que otra versión de Rosas, lo que para él significa sometimiento del país a Buenos Aires y, por tanto, miseria y atraso para aquél. Sarmiento se aparta casi inmediatamente, pero no porque haya visto más rápida y lúcidamente lo que a Alberdi le llevará años comprobar—aunque la secuencia de los hechos parezca indicarlo—, sino por vanidad herida y porque, negando buena parte de su anterior pensamiento, ya es un aporteñado, un mitrista «avant la lettre». f) *Difuso romanticismo social:* lo llamaron «socialismo», con las connotaciones que el vocablo reviste en la época. En Sarmiento se acentuará con los años al nivel de la declaración enfática y emocional, pero desaparecerá de su acción ácida y práctica. En Alberdi se irá borrando progresivamente a instancias de esa depuración intelectual que jalona la historia de su desarrollo espiritual, y uno de los momentos primeros será el desasosiego que le causan las noticias sobre la anarquía de las revoluciones de 1848.

[5] ALBERDI, *op. cit.*, págs. 100-101.

Detrás de estos desacuerdos, sustentándolos y avivándolos por la polémica, se juega el choque de ambas personalidades.

Sarmiento: impulsivo, desbordado, repentinista, ansioso, autoritario, adherido a la sobrevaloración personal, contradictorio. El último rasgo es clave para iluminar muchos otros porque nos conduce a comprobar la escisión entre el mundo emocional y el de las ideas. En dos estudios que parten de diversas tendencias y aplican diferente metodología se esclarece este punto decisivo. Adolfo Prieto, en *Literatura autobiográfica argentina* [6], practicando una suerte de psicoanálisis con implicancias sociológicas, ha buscado la explicación de la tendencia neurótica de Sarmiento, de su afán de atraer la atención y el asentimiento de los demás sobre sí. La encuentra, por ejemplo, en la figura del padre, que lo lleva, en su ausencia, a exagerar los rasgos de autoridad y jefatura que nuestra sociedad otorga a ese rol, pero dejándole siempre un fondo de inseguridad y desamparo; en la serie vertiginosa de cambios de todo tipo que presenció desde su niñez debido a las circunstancias posrevolucionarias; en su íntimo apego al mundo ordenado y jerárquico de la familia colonial, unido a la conciencia de la facilidad con que las antiguas familias habían caído en la miseria, lo que refuerza su inseguridad y lo impulsa a destacarse para no ser confundido con la «chusma». Sobre este fondo emocional, la ideología iluminista que adopta. Ello lo lleva a aborrecer el coloniaje, a desear la democracia, a hablar de pueblo. «Pero este pueblo que desprecia, el gauchaje, la chusma, deberá ser el destinatario de su tarea educadora y, merced a la escuela y al libro, llegará a ser la sociedad organizada que estime al hombre Sarmiento en su verdadera dimensión» [7].

Desde otra perspectiva, Noé Jitrik [8] comprueba, mediante el análisis estilístico del *Facundo,* desajustes similares. Su tesis es que frente a la oposición Buenos Aires-Interior, Sarmiento tomó claro partido por el interior, pero que esta decisión fue bloqueada por lo intelectual. Así concluye: «...en la intimidad de su conocimiento y a pesar de su muy cantado universalismo, Sarmiento tenía bien en cuenta elementos más profundos que los políticos o culturalistas en que tan cómodamente se emplazaba, y sentía, por contraste, dramáticamente, el conflicto en todos sus alcances y en toda su verdad. Si podemos atribuirle esta lucidez, ¿cómo no superó la contradicción? No lo quiso: eligió en función de

[6] Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1966.
[7] PRIETO, *op. cit.*, pág. 66.
[8] En *Muerte y resurrección de Facundo,* Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968.

una mala fe intelectual proveniente de un sistema tal vez coherente pero cerradamente condicionado por fines políticos» [9].

Sobre tal mala fe Jitrik aporta abundantes pruebas (no es éste el momento de señalar algunas de las endebleces o carencias que su aplicación del método registra). Baste recordar un fragmento de una carta a Mitre a propósito del libre comercio: «Seamos francos—no obstante que esta invasión universal de Europa sobre nosotros es perjudicial y ruinosa para el país, es útil para la civilización y el comercio.» Tales disensiones de Sarmiento consigo mismo hacen más difícil estudiar el tema que nos hemos propuesto: se descubre que hay dos polémicas: la de Sarmiento y Alberdi y la interna de Sarmiento. Agréguese que las contradicciones del sanjuanino aumentan arrastrado por la pasión del momento y la particular dureza de su tono para con su oponente.

Frente a Sarmiento, Alberdi es en cambio un modelo de mesura, equilibrio, ponderación. Mejor dotado para el estudio, la reflexión, el análisis. De intelecto más agudo y penetrante. Por lo mismo más cauto en la teorización, más cuidadoso en la expresión. Siempre atento a confrontar la validez de la teoría en el doble aspecto de la coherencia lógica y de la apoyatura en lo real. De ahí que haya sometido su pensamiento a ajustes periódicos y que pueda haber quien señale sus contradicciones si se limita a reparar en una idea cualquiera en dos momentos distantes sin tener en cuenta la secuencia que las vincula. Así puede verse una contradicción en lo que realmente es rectificación producto de una evolución. Esto es posible por la peculiar flexibilidad de su espíritu crítico, y para probarlo sin recurrir a un estudio exhaustivo, baste reparar en la frecuencia con que Alberdi dice: «Ahora, después de... pienso lo contrario porque...», lo que no sólo oficia de reconocimiento, sino también de explicación. Algo de lo antes señalado le ocurre a Jorge Abelardo Ramos [10] cuando afirma que hay dos Alberdi: el primero de ellos puede situarse en las *Bases* y el segundo en los folletos sobre la Guerra del Paraguay y la crítica al *Belgrano* de Mitre. La brevedad de su estudio le impide percatarse de esa continuidad en la línea de maduración del tucumano, aunque haya reparado en los atisbos de lo que llama «segundo Alberdi», presentes en el *Fragmento Preliminar* y en *A 37 años de la Revolución de Mayo*. Esta flexibilidad espiritual—prueba tanto de su honradez intelectual como de su talento—, que le permitió rectificarse y afinar su comprensión al contacto con nuevas realidades y nuevos estudios, es algo de lo que Sarmiento carece en absoluto.

Sarmiento cambia y se contradice, pero no a instancias de un afán de perfeccionamiento o porque se rinda a la evidencia de los hechos, sino

[9] JITRIK, *op. cit.*, pág. 18.
[10] En el prólogo a *Mitre al desnudo*.

por dos órdenes de causas: uno basal de su personalidad, tal como surge de los estudios de Jitrik y de Prieto: la escisión entre el mundo emocional y el de las ideas. Acá se sitúa la contradicción más importante. El otro orden es circunstancial y dice relación con los afanes y necesidades de cada momento. Llevado por la pasión, la vanidad, la polémica que emprenda. Su pensamiento toma el rumbo de sus vísceras. Por eso niega siempre violentamente que haya contradicción en sus ideas, y cuando se lo prueban responde con insultos. Y es probable que no se diera cuenta: que no advirtiera como intelectuales las contradicciones, sino que se viera a sí mismo como *persona* en todas y cuantas afirmaciones haya hecho. Porque es siempre todo su ser el que se expresa en una afirmación y mantiene consigo mismo una completa solidaridad a lo largo de los años. Tal vez justamente, porque era un ser escindido, buscó vehementemente la autoafirmación.

Alberdi, en cambio, carece de esos temores. De ahí proviene su calma, expresiva de una seguridad auténtica que no necesita proclamar. Para cada aserto brinda un completo sustento racional; busca siempre convencer apelando a lo mejor de sí mismo y de su público: uno no deja de sentirse agradecido por ese respeto con que Alberdi trata a su lector. Lo contrario ocurre en Sarmiento. Jitrik apunta con acierto que su espíritu, fundamentalmente acumulativo y efectista, trata menos de demostrar que de convencer—yo diría más aún: de cautivar—. Ejerce una suerte de presión sobre el lector, «cubriéndolo de datos como para que se entere de algo cuya enormidad o monstruosidad tiene fatalmente que condenar» [11]. De esta modalidad emana lo literario de la prosa sarmientina: «Refuerza la intuición mediante explicaciones encadenadas que presenta como corroboraciones robustecidas por valores verbales de emoción y lirismo. Como se mueve simultáneamente en diversos planos intencionales, necesita transmitir nociones complejas, y esta formulación compleja sólo puede darse en un espíritu literario, en un temperamento para el cual en la expresión se condensa la mayor cantidad pensable de valores que no pueden más que presentarse juntos» [12]. Penetrantemente ha visto Jitrik que en esto consiste lo literario de *Facundo*. Agreguemos que en su ausencia se verifica lo panfletario de otros textos, *Las Ciento y Una*, verbigracia. Por eso afirmamos al principio que la auténtica y aún vigente polémica se entabla entre *Facundo* y las *Quillotanas*. En *Las Ciento y Una* Sarmiento «utiliza su prosa como una maza para destruir al enemigo» [13]; es un texto casi íntegramente dedicado a denigrar, atacar, ensalzarse, haciendo uso de la insidia, los chismes de entrecasa, los

[11] JITRIK, *op. cit.*, pág. 11.
[12] Idem, pág. 12.
[13] ADOLFO PRIETO: *Capítulo argentino*, núm. 13, pág. 310.

datos menudos, el insulto y hasta el fraude y la mentira. Por ejemplo, acusa a Alberdi de asumir la defensa de Urquiza para conseguir el cargo de Encargado de Negocios en Chile, cuando por cartas anteriores del tucumano, y tal como lo probaron los hechos, éste había rechazado el nombramiento y Sarmiento lo sabía. En escarceos previos, ocurridos en la prensa chilena, Sarmiento llega a falsificar una carta de Alberdi para probar su arribismo.

La polémica: circunstancias y pormenores

En seguida de Caseros, Urquiza convoca una reunión de gobernadores de San Luis, Santiago del Estero, San Juan, Tucumán, La Rioja, Mendoza, Santa Fe, Corrientes y Buenos Aires. El 31 de mayo de 1851 se firma el acuerdo de San Nicolás. En sus diecinueve artículos contenía disposiciones que vulneraban los intereses de los saladeristas: igualdad de representantes en el Congreso (dos por Provincia), libertad de los ríos, anuncio de la nacionalización de la Aduana de Buenos Aires. Entre los porteños cunde el pánico. Se unen Mitre, Vélez Sarsfield, Alsina, Pacheco, Anchorena. *Los Debates,* metamorfosis de un diario rosista, ahora dirigido por Mitre, inicia la campaña contra el acuerdo. Este es rechazado en junio por la Sala de Representantes; Urquiza disuelve la Legislatura y nombra por segunda vez a Vicente F. López gobernador interino. El 28 de agosto nacionaliza la Aduana por decreto. El 11 de septiembre se sublevan en Buenos Aires los batallones porteños y correntinos: ha triunfado la contrarrevolución. Urquiza se retira a Santa Fe. Allí será luego aprobada la Constitución de 1853.

Ya el 9 de abril de 1851 Alberdi le escribía a Félix Frías: «No temo que Urquiza nos arrebate lo que nos ha dado; no estaría en su capacidad el hacerlo. Con que nos dé un orden pasable, nos habrá dado cuanto espero yo del partido vencedor... escribo un libro... destinado a servir en las cuestiones de organización que van a ventilarse en nuestro país» [14]. Ya está acá presente esa que será su preocupación dominante: la organización y el orden del país. Había aparecido en 1847 cuando pedía a Rosas una Carta Constitucional, cualquiera que fuese: liberal o despótica, unitaria o federal: «Lo peor del despotismo no es su dureza, sino su inconsecuencia», afirmaba. De aquí dimana el reproche básico a Sarmiento: que ataque a Urquiza como si fuera Rosas, que no repare en sus intentos de organizar al país, que lo llame otra vez a la guerra. En la carta anuncia además el proyecto de las *Bases,* que aparecerá en mayo del 52, uno

[14] Alberto J. Mayer: *Alberdi y su tiempo,* Ed. Eudeba, Buenos Aires, pág. 404.

de cuyos ejemplares envía a Urquiza. El folleto hace la historia de los fines, errores, ilusiones de la generación anterior y la síntesis metódica de las doctrinas de los exiliados. Sus temas: población, ferrocarriles, educación, navegación de los ríos, respeto a la propiedad, el trabajo, la industria. El pensamiento rector era que la organización política y social de América dependía del trasvasamiento en el suelo desierto de la civilización europea y cristiana. Tiene una espléndida acogida. Sarmiento es uno de sus más entusiastas propagandistas. Lo mismo ocurrirá con la segunda edición de agosto del 52.

Cuando le llegan las noticias del entendimiento de unitarios y rosistas en Buenos Aires, Alberdi descubre el fondo del conflicto: «Buenos Aires no defendía la tiranía, aunque tampoco su libertad en la batalla de Monte Caseros. Defendió una causa más antigua que la dictadura de Rosas y que debía sobrevivir a esa dictadura: la causa del monopolio del gobierno exterior y del tesoro de toda la nación, que explotó el tirano de la provincia.» Y en otra parte reitera: «Rosas representaba el interés local de Buenos Aires sobre las provincias en materia de comercio, finanzas, navegación... esto era lo esencial, las crueldades eran lo accesorio» [15]. El 13 de agosto de 1852, Urquiza y José Luis de la Peña, ministro de Relaciones Exteriores, nombran a Alberdi encargado de Negocios de la Confederación ante Chile. En su respuesta negativa reitera su apoyo a Urquiza y dice a De la Peña: «La suerte del gobierno dependerá de la suerte que haya tenido el decreto del 28 de agosto sobre la Aduana. A mi ver, ese decreto es la llave de todo» [16].

Entre tanto, Sarmiento, que al producirse el levantamiento de Entre Ríos, en mayo del 51, instaba a Alberdi a pronunciarse en su favor y a proclamarse federal (Alberdi le contestará: «Estoy por la coalición con todo elemento de nuestro país que proponga mejorar su condición. Estaré con Urquiza si éste rompe con Rosas, y estaré con la Liga del Litoral el día que ese pacto se vuelva base de otro nacional más o menos admisible. Pero estaré con todo ello como coaligado, sin abdicar las banderas que enarbolamos los jóvenes de 1837» [17]), Sarmiento, decíamos, no pudo con su impaciencia y se embarca hacia Montevideo el 1 de octubre de 1851 junto con Aquino, Mitre y Paunero. Llegan el 2 de noviembre, cuando Oribe ya ha capitulado—8 de octubre—. La decepción es grande, pero aumentará cuando compruebe, junto a los otros emigrados, que Urquiza rehúye su contacto, que no les pide opinión ni consejo y, cuando igualmente se lo brindan, no parece escuchar. No obstante sigue a Urquiza y lo entrevista en Gualeguaychú. De las entrevistas

[15] Idem, pág. 410.
[16] Idem, pág. 437.
[17] No he podido localizar la fuente.

manifiesta: «Nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada.» «Nunca me dijo nada de *Argirópolis,* ni de la *Crónica,* ni de ningún escrito mío.» «Desde muy luego comprendí que mi papel de consejero estaba concluido.» No obstante, todavía persevera, en medio del ejército gaucho, vestido con «espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepi francés y paletó en lugar de poncho.» Urquiza lo nombra boletinero del Ejército Grande. Su vanidad se duele pero acepta. En un rapto de entusiasmo comunica al general: «Estoy contento con el Boletín, anima al soldado, asusta a Rosas.» El secretario le contesta: «S. E. me encarga le diga respecto de los prodigios que dice Ud. hace la imprenta, que hace muchos años que las prensas chillan en Chile, y hasta ahora Juan Manuel de Rosas no se ha asustado» [18].

En junio del 52 la situación se le hace insoportable y emigra a Chile. Visita a Alberdi y a otros exiliados. Les hace una descripción aterradora de la situación. Pero el nombramineto de Gutiérrez como ministro de Instrucción Pública les devuelve la calma. Ciertamente molesta el espectáculo de esta vanidad herida, pero tiene también algo de patético. La prisa, el entusiasmo, la inquietud por estar y ser el centro de los acontecimientos; la desubicación que revela, el no aprender la lección y, en seguida, la misma prisa, resolución y bríos para volver al ataque.

A Frías, que lo ha amonestado severamente, responde Alberdi tratando de calmarlo: «He visto su carta de Ud. a Sarmiento. El tuvo la generosidad de mostrármela... Siendo su carta de Ud. porque si apoca e intimida a Sarmiento, se le quita el resorte que le hace ser como es... Pero no creo que ninguna admonición lo cambie; su manera de ser viene de su organismo. Tiene entre los dos ojos el órgano del Yo... No debemos olvidar que con ese defecto, Sarmiento es hábil, entusiasta, honrado, buen patriota y capaz de ser útil a la buena causa... Lo ha hecho Ud. sufrir sin modificarlo. Todos han hallado mal que se alejara de Urquiza y del Plata» [19]. Este tono de comprensión, este equilibrio para juzgar al prójimo son rasgo permanente de Alberdi. Cuando la polémica estalle y en Sarmiento aparezca el insulto, el agravio, la mentira, su oponente no perderá la calma. Mantiene siempre la mesura; es el que da a la polémica su carácter y su interés ideológico. «La parsimonia, el laconismo, la cautelosa frialdad de una pluma habituada a la retórica judicial se movilizan aquí con una pasión interior que no desmiente jamás el deliberado propósito de desmenuzar la obra de Sarmiento hasta convertirla en añicos. Alberdi se escuda en una objetividad ascética para considerar los hechos en cuestión y contraatacar con una sutil dialéctica envolvente: transcribe párrafos del epistolario y la obra de Sarmiento, los contra-

[18] HORACIO ZORRAQUÍN BECÚ: Prólogo a las *Cartas Quillotanas,* Ed. Estrada, págs. XX a XXII.
[19] MAYER, *op. cit.,* pág. 423.

pone a otros, deja que, insensiblemente, el propio Sarmiento levante su irrevocable acta de condena. Un modelo de construcción literaria y una estrategia implacablemente cumplida» [20].

Como inicio de su campaña antiurquicista, Sarmiento publica en Chile la *Carta de Yungay* y la *Campaña en el Ejército Grande,* en cuya dedicatoria acusa a Alberdi de cobardía: se habría alejado de Montevideo en cuanto se acercó Oribe. Alberdi, que ha fundado en Valparaíso el Club Constitucional, en el cual se reprobó el motín de septiembre en Buenos Aires y se apoya el acuerdo de San Nicolás, escribe a Frías el 13 de diciembre de 1853, mostrando que ve muy claramente la conexión entre unitarios y rosistas y el papel que Sarmiento, llevado por la pasión, cumple: «Mitre de ministro echará al país en una guerra de la que no veo salida en mucho tiempo. Su programa es el de 1827: guerra a los gauchos. Como si con las lanzas se pudiera acabar con el hombre que produce el suelo despoblado y desierto.» Demuestra así mucha mayor penetración para entender los fenómenos sociales y haber aprendido cabalmente lo que Sarmiento enseñara en el *Facundo*: sin transformar el medio es imposible acabar con su producto. Cuando Alberdi predicaba la necesidad de la colonización europea no presuponía el anterior exterminio del gaucho; Sarmiento sí; es lo que hicieron él y Mitre en sus respectivas presidencias. A este respecto decía en la primera de las *Quillotanas*: «Se hizo un crimen en otro tiempo a Rosas de que postergase la organización para después de acabar con los *unitarios*; ahora sus enemigos imitan su ejemplo postergando el arreglo constitucional del país hasta la conclusión de los *caudillos*. Siempre que se exija una guerra previa y anterior para ocuparse de constituir el país, jamás llegará el tiempo de constituirlo. Se debe establecer como teorema: Toda postergación de la Constitución es un crimen de lesa patria; una traición a la República. Con *caudillos,* con *unitarios,* con federales y con cuanto contiene y forma la desgraciada república se debe proceder a su organización sin excluir ni aun a los malos, porque también forman parte de la familia. Si establecéis la exclusión de ellos, la establecéis para todos, incluso para vosotros. Toda exclusión es división y anarquía. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta? Pues sabed que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida que es posible al país tal cual es y no tal cual no es. Si porque es incapaz de orden constitucional una parte de nuestro país, queremos anonadarla, mañana diréis que es mejor anonadarla toda y traer en su lugar poblaciones de fuera acostumbradas a vivir en libertad y orden. Tal principio os llevará por lógica a suprimir toda la nación argentina hispanocolonial, incapaz de república y a suplantarla de un golpe por una nación argentina anglo-

[20] PRIETO: *Capítulo argentino,* pág. 310.

republicana, la única que estará exenta de caudillaje... No hay más que un medio de admitir los principios, y es admitirlos sin excepción para todo el mundo, para los buenos y para los pícaros. Cuando la iniquidad quiere eludir el principio, crea distinciones y divisiones; divide los hombres en buenos y malos; da derechos a los primeros y pone fuera de la ley a los segundos, y por medio de ese fraude funda el reinado de la iniquidad, que mañana concluye con sus autores mismos. Dad garantías al caudillo, respetad al gaucho, si queréis garantías para todos» [21].

En la misma carta a Frías del 13 de diciembre de 1853 anuncia las *Quillotanas* en estos términos: «Sarmiento me ha dedicado una publicación baja y loca... y me dirige insultos que me han decidido, no a repetírselos, sino a estudiarlo a él, con respeto y dignidad, en sus obras anteriores y presentes, ...con este trabajo voy a destruir en él un obstáculo a todo orden, no un soldado útil.» Cuando termine la redacción *útil intentará por última vez el avenimiento, pero sin éxito; así lo consigna* Mayer.

En la primera carta atribuye a despecho la actitud de Sarmiento, pero se ocupa de denunciar los estragos de una prensa dedicada siempre al desorden y la destrucción. Cómo eso crea un acostumbramiento, al punto que Sarmiento llora la caída de Rosas porque ya no puede combatirlo: por eso pretende hacer de Urquiza un nuevo Rosas. En la segunda describe los cambios de Sarmiento respecto a Urquiza y desnuda los intereses de saladeristas, porteños y exiliados que traman el motín de septiembre en Buenos Aires: las discrepancias con el pacto de San Nicolás eran sólo pretexto para defender los intereses porteños. En la tercera limita los méritos de las campañas literarias de Sarmiento contra Rosas: «La gloria literaria no es antecedente de gobierno en ninguna parte.» En la cuarta aclara y disipa todas las acusaciones de carácter personal que su oponente le hacía. Es fundamental el estudio crítico de las tesis del *Facundo* que se hace en la tercera carta: «Facundo es no solamente la historia de la barbarie y el proceso a los caudillos argentinos, sino también la historia y el proceso de los errores de la civilización argentina representada por el partido unitario... el señor Sarmiento, adoptando el punto imparcial del criterio político de la juventud argentina de 1837, explicó en su *Facundo* a Rosas por medio de Quiroga, y a Quiroga por el modo de ser normal de la vida argentina... Quítese la exageración... y quedará una verdad histórica... que el caudillaje y su sistema son frutos naturales del árbol del desierto y del pasado colonial... De esa doctrina resultaba que el caudillaje era un mal, pero que ese mal es un hecho, y un hecho arraigado, profundo, normal; que era necesario combatirlo gradualmente, combatirlo en sus causas, no es un

[21] ALBERDI: *Cartas Quillotanas*, págs. 17-19.

resultado aislado. ...Enfrente de ese mal... hemos tenido otro... es la política del partido liberal exaltado que, desconociendo lo que había de normal en el hecho del caudillaje, quiso suprimirlo de un golpe, ya sancionando bruscamente las instituciones más adelantadas de la Europa del siglo XIX, ya fusilando o suprimiendo los caudillos. Delante del poder irresponsable se alzó la libertad omnímoda, y se quiso remediar el despotismo del atraso con el despotismo del progreso: la violencia con la violencia... Un partido estaba un siglo atrás, el otro un siglo adelante, ninguno estaba en su siglo. Faltó el buen sentido que no está ni adelante ni atrás: está siempre donde debe estar. Y el buen sentido en Sudamérica está más cerca de la realidad inmediata y palpitante, que de los libros que nos envía la Europa... así el gaucho argentino, el hacendado, el negociante, son más aptos para la política práctica que nuestros alumnos crudos de Quinet y Michelet, maestros que todos conocen, menos Sudamérica» [22]. Cómo no recordar, frente a estos párrafos, una de las ideas centrales de Martí, expuesta así en *Nuestra América*: «El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.» De la tercera *Quillotana* ya hemos citado la rectificación, fermental pero no desarrollada, que se hace de la localización geográfica de la dicotomía civilización-barbarie.

Para terminar este punto me gusta evocar unos párrafos de la cuarta carta, donde aparece una pudorosa confesión de carácter íntimo. Es la única en estos textos y de las poquísimas de la obra de Alberdi, incluyendo el epistolario. Ella apunta certeramente al alma recatada de este hombre, y dice más sobre él que cualquier vocinglera exhibición: «En más de un lugar me ha supuesto Ud. gobernado por un cálculo frío. Al que no grita frenético, al que raciocina, lo supone Ud. insensible. No trafico yo con el calor, es cierto; no vendo entusiasmo. Nunca he creído que los poetas que fabrican versos ardientes sean más capaces de afección que el resto de los hombres. ...¿Quién no conoce el arte de inflamar? Basta no tener corazón para ejercerlo. Yo he buscado la calma y la frialdad sin ser frío, porque ella es lo único que falta a nuestros negocios sudamericanos. Esa calma que Ud. ha usado en *Argirópolis* y *Sud-*

[22] Idem, págs. 79, 82 y 89-91.

américa... La sensibilidad no resolverá el problema de nuestro atraso. El entusiasmo nos llevará a la muerte, nos dará la vanagloria, laureles fratricidas y odiosos, pero no nos sacará del desierto y de la barbarie» [23].

Precedentes del otro lado del Plata

Anotemos, a modo de complemento, que una polémica similar ocurrió al otro lado del Plata unos años antes. Las tesis sarmientinas fueron expuestas por Manuel Herrera y Obes a partir del 20 de noviembre de 1847 desde las páginas de *El Conservador* bajo el título de «Estudios sobre la situación». Le respondió Bernardo P. Berro en *El defensor de la Independencia Americana*. Los textos han sido recogidos y editados por Juan Pivel Devoto [24].

Berro sintetiza certeramente las cuatro tesis principales de Herrera y Obes: 1) «La América antes española se halla entregada a la acción de dos elementos contrarios, el de la *civilización* y el de la *barbarie,* que en ella combaten incesantemente y son causa de sus guerras civiles. El de su civilización es representado por las ciudades, y envuelve el principio de la *revolución americana*; el de la barbarie tiene su representación en los campos y produce la *reacción colonial*. 2) La lucha en que está la República no es otra que la de esos elementos contrarios. Montevideo defiende el de la civilización; nosotros, los de la causa legal, el de la barbarie. 3) Rivera ha sido expulsado del país por efecto de un triunfo de la civilización y por servir a ésta. 4) Habiéndonos venido de la América todo lo malo, y de la Europa todo lo bueno, a ésta hemos de ocurrir por el bien que aquélla no nos puede dar» [25]. Nos ocuparemos sólo de lo que dice con relación a la primera y a la cuarta, cercanas a nuestro tema. Las refuta Berro con lucidez. La dicotomía civilización-barbarie es inaceptable en su localización geográfica; prueba de ello que no es posible encontrar enfrentamientos puros de hombres de campo y hombres de ciudad, sino que en los dos bandos han militado y militan confundidos los de distinta extracción. Por otro lado, la separación de clases ha sido entre nosotros menos radical que en Europa, y, justamente, las Revoluciones de Independencia buscaron terminar con la única clase de carácter aristocrático que había: los burócratas que administraban el Imperio. Le parece también evidente el progreso que ha experimentado la campaña, y hace de su estado actual una pintura halagüeña, y lo atribuye, espe-

[23] Idem, págs. 118-119.
[24] Manuel Herrera y Obes y Bernardo P. Berro: *El caudillismo y la Revolución americana*, Ed. Biblioteca Artigas, Clásicos Uruguayos, Montevideo, 1966.
[25] Idem, págs. 68-69.

cialmente, a la multiplicación de los propietarios territoriales. Señala —y no andaba muy descaminado—que el propósito de los unitarios era —contra lo que proclamaban—volver a una situación prerrepublicana, donde la minoría ilustrada dominara a las grandes masas, y ve con claridad meridiana (una claridad que ni por lejos tuvo Alberdi) la vinculación de estos intereses con los de los imperios centrales: «...lo que pretenden los salvajes unitarios. Ellos quieren volver a privar a la mayoría del pueblo de intervención política, quieren restaurar la aristocracia de ciudad y someterle de nuevo aquella mayoría, quieren que esta aristocracia se instituya protegida por un poder europeo, quieren que se reconozca la superioridad de éste, y la necesidad de vivir bajo su dependencia, quieren, en fin, que seamos ante la Francia lo que éramos en tiempos coloniales ante la España» [26]. Más extensa fue esta reflexión antiimperialista en la refutación del cuarto punto. «No nos quejamos nosotros de la comunicación franca y extensa que tenemos con las sociedades europeas, ni hemos creído nunca que de ella nos vengan más perjuicios que beneficios. Nuestra queja justa, los motivos de nuestro resentimiento están en la dureza con que nos tratan sus gobiernos, en el desprecio que hacen de nuestros derechos, y en esa supremacía tiránica con que más de una vez han querido sujetar los intereses americanos a los suyos, sin más razón que sus cálculos egoístas y sin más títulos que los que les puede dar la fuerza y esa misma civilización de que tan horriblemente abusan. ...Digno es de notarse; las dos naciones que más simpatías habían mostrado por la América hispana, y más deseos manifestado en su favor mientras pugnaba por ser independiente, son las primeras... que han asestado sus cañones contra ella; las primeras que han mandado sus buques a bloquear sus puertos, bombardear sus plazas y forzar el paso de sus ríos interiores con larga efusión de sangre... Esta idea (la de la superioridad europea), abrazada por más de un entendimiento superficial..., ha hecho proponer la destrucción de todos los elementos de nuestra sociabilidad, para sustituirlos con otros traídos de la sociabilidad euorpea. En esto hay, fuera de un designio contra la existencia de nuestra nacionalidad, un error gravísimo» [27].

Finalmente, y sin rechazar la adopción de lo bueno que Europa pueda darnos, Berro afirma que «si América quiere realmente adelantar... ha de buscar dentro de sí misma y con sus propios elementos todo lo que necesita... aquí en nuestro país, en esta nuestra denigrada Patria, tenemos todo lo necesario para nuestra felicidad» [28]. No se puede menos que

[26] Idem, págs. 152-153.
[27] Idem, págs. 110, 111 y 113.
[28] Idem, pág. 119.

recordar otra vez a Martí: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.»

Dejemos que Berro, con frase actualísima, cierre estas reflexiones: «Jamás pueblo ninguno recibió otra cosa de su dependencia que degradación moral, opresión y trabas para su engrandecimiento» [29].—*GRACIELA MANTARAS (Avda. de las Instrucciones, 1.434. MONTEVIDEO, Uruguay).*

NOTA SOBRE EL EXPRESIONISMO

Podemos situar el epicentro del movimiento expresionista en Alemania (Berlín y Munich, principalmente) en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, si bien su influencia y sus derivaciones habrían de extenderse a otros países de lengua germánica y prolongarse por lo menos hasta 1925.

El hecho de que sus consecuencias fueran decisivas, no solamente en todos los dominios de la literatura, sino también en las artes plásticas, la cinematografía, la música, la danza, la interpretación teatral y la escenografía, habla por sí mismo de la importancia y motivaciones profundas de este movimiento, en cierto modo comparable al futurismo—del que fue contemporáneo y con el que parece no haber tenido vinculación alguna en sus orígenes—por la extensión de su influencia a todos los ámbitos de la creación, si bien, a diferencia de este último, pareció responder más que a la acción incansable de un activo teorizador como Marinetti, a la necesidad profunda de una nueva visión del mundo y de la actividad creadora que se hizo patente en el lugar y época señalados, parte a su vez de la vasta crisis de ideas que se observa en Europa desde comienzos de siglo. Por eso el expresionismo no tiene un solo teorizador ni tampoco un solo y claro programa. Sus manifestaciones son diversas y aun contradictorias. Para circunscribirlo debemos acudir a ciertos caracteres más o menos comunes y vagamente definitorios subyacentes en su estética.

La palabra que designa este movimiento [1] fue importada de Francia, donde—desde 1901, en que el pintor Julien Auguste Hervé la utilizó por primera vez—sirvió para designar un estilo pictórico más intenso y

[29] Idem, pág. 120.

[1] Pueden encontrarse más detalles sobre este punto en las págs. 11 y ss. de ILSE M. DE BRUGGER: *El expresionismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968 (Colección Enciclopedia Literaria).